

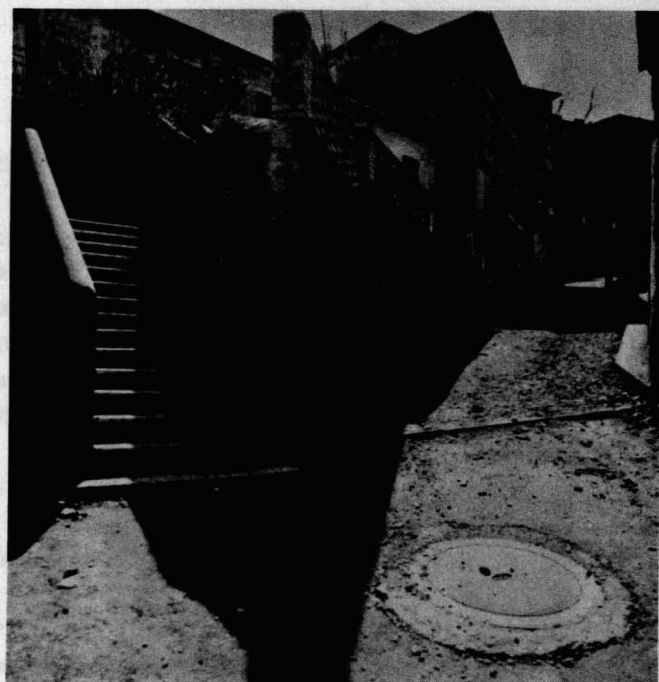
Joyce y Svevo en Trieste

Ettore tenía cuarenta y tres años y consideraba su vida ya cerrada. No obstante, el destino le reservaba felices sorpresas.

El escritor parecía dormir en lo profundo, casi ignorado por nosotros y aparentemente guardado por él mismo en una suerte de compasión: "Recuerdo que hace unos años yo era un hombre de negocios al que interrumpieron con la pregunta: '¿Es cierto que usted es autor de dos novelas?' Me ruboricé como se ruborizaría un autor en esas circunstancias y, dado que el negocio apremiaba, dije: 'No, no, no, es mi hermano.' Pero aquel señor, no sé por qué, quiso conocer al autor de esas dos novelas y se dirigió a mi hermano, el cual no se sintió muy halagado por la atribución que evidentemente disminuía su reputación profesional."

Para hacerlo salir de aquella especie de duermevela era necesaria una chispa y esta se encendió en el casual encuentro con el escritor irlandés James Joyce.

Ya en el primer viaje a Inglaterra Ettore había sentido la necesidad de perfeccionar su inglés. Conocía perfectamente el idioma alemán, bastante bien el francés (lo practicaba conmigo en la época de nuestro noviazgo), pero sólo manejaba un inglés elemental. El estudio de la lengua fue el origen de su afortunada amistad con Joyce. Éste había llegado de Dublín a Trieste en el otoño de 1903, acompañado por su joven esposa Nora Barnacle. Joyce era joven, tenía poco más de veinte años, pobre, y estaba en los inicios de su maravillosa carrera literaria. Arribó a Trieste luego de una aventura tragicómica: tomó el tren Viena-Trieste y por error bajó en Lubiana a las cuatro de la mañana. Cuando al día siguiente preguntó a un transeúnte en la calle San Nicolás por la dirección de la escuela Berlitz de Trieste, entendió que se había equivocado de ciudad. Lleno de aprensión porque llevaba consigo poco dinero, esperó todo el día y parte de la noche en la estación de Lubiana el tren a Trieste. Para colmo, dejó a su esposa en un pequeño jardín vecino a la estación y fue en la búsqueda de la escuela Berlitz de ese lugar para pedir un préstamo. Tomó por equivocación una calle de la ciudad vieja donde unos marineros ingleses



discutían con unas damas de mala nota. Quiso ser intérprete y pacificador pero las cosas se complicaron: de improviso llegó la policía y él fue arrestado junto con los otros y pasó todo el día en prisión, mientras la pobre esposa lo esperaba sentada en una banca del jardín, sin dinero, ignorante de la lengua de esa ciudad extranjera.

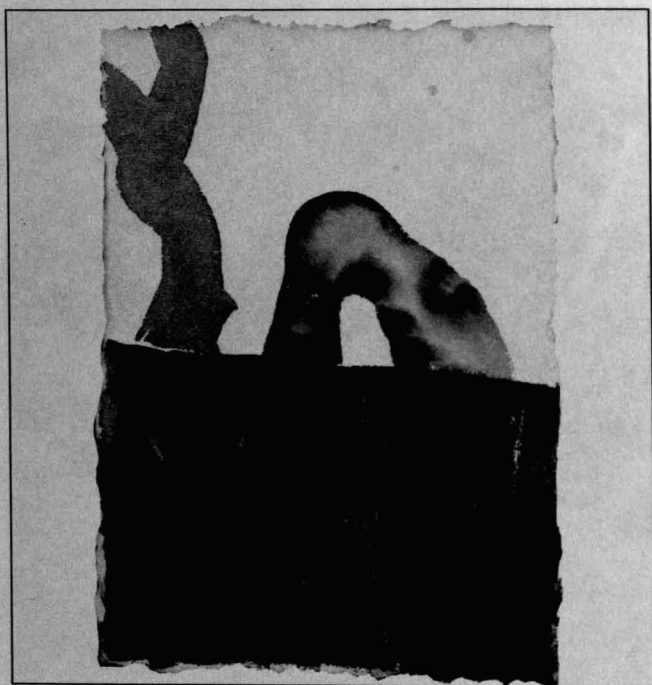
¡Cuántas veces oí contar con entusiasmo endiablado a Joyce esta aventura, cuyo recuerdo lo divertía muchísimo!

Después de haber enseñado por algún tiempo en la escuela de Berlitz, se había independizado y vivía dando lecciones particulares de inglés, corriendo de casa en casa. Ettore, que deseaba aprender la lengua, quería encontrar un guía experto para conocer mejor la moderna literatura anglosajona. Él se dirigió a Joyce, que en aquella época era el profesor de moda para la rica burguesía triestina, y así se encontraron.

Entre el maestro, en muchos sentidos irregular, pero de altísimo ingenio (conocía dieciocho lenguas, entre antiguas y modernas), y el alumno, se desarrollaron unas lecciones fuera de lo común. No se trabajaba mucho la gramática, se hablaba de literatura y se tocaban cientos de temas; yo tam-

bién participé. Joyce era divertidísimo en sus expresiones y hablaba en dialecto triestino, como nosotros, más bien un triestino popular aprendido en las oscuras calles de la ciudad vieja donde gustaba detenerse. Incluso en Suiza y en París el dialecto triestino permaneció como modo de expresión habitual de la familia y de sus hijos, nacidos en Trieste: Giorgio con la bella voz heredada del padre, y Lucía que se volvió bailarina y una hábil diseñadora. Aún recuerdo sus magníficas ilustraciones para un poema de Chaucer dedicado a la virgen María.

No obstante la diferencia de edad y de nacionalidad, la amistad entre ellos surgió de inmediato. El irlandés, que no hablaba con nadie de su trabajo literario, trajo muy pronto



sus manuscritos a la Villa Veneziani. Eran los poemas de *Música de cámara* y algunos relatos de *Dublineses*. Recuerdo haber bajado al jardín después de la lectura del relato "Los muertos", último capítulo de *Dublineses*, para tomar unas flores y hacerle un homenaje al escritor. Mi marido le presentó a su vez sus dos libros olvidados, primero *Una vida*, por el cual tenía una particular ternura y después *Senilidad*, como para decirle: "Yo también fui escritor." Joyce los leyó de inmediato y durante las lecciones sucesivas declaró que, según su opinión, Svevo había sido injustamente descuidado. Agregó con fervor que ciertas páginas de *Senilidad* no podrían haber sido superadas por los grandes maestros de la novela francesa. Aquellas palabras inesperadas fueron un bálsamo en el corazón de Ettore. Él lo miraba con grandes ojos encantados, agradecido y anonadado. Nunca imaginó escuchar tales elogios a propósito de sus novelas olvidadas. Aquel día no pudo separarse de Joyce, lo acompañó hasta su casa, en la plaza Vico, hablándole a lo largo del camino de su desilusión literaria.

Era la primera vez que le abría el corazón a alguien para mostrar su profunda amargura. Joyce habló difusamente de

lo que significaba ese encuentro en su búsqueda de la conciencia y de otros intelectuales que seguían ese camino mayor. Recitaba para sí de memoria las últimas páginas de *Senilidad*, se lanzaba contra la ceguera de la crítica, afirmando que Svevo era un novelista muy original, el único escritor moderno que llegaría a interesarlo. Pero aún frente a similares elogios el ambiente triestino se mostraba sordo e incrédulo.

El irlandés encontraba en Ettore una mentalidad afín a la suya, un método analítico que congeniaba. Louis Gillet llegó a decir, en 1937, en una conferencia ofrecida en París, que Joyce había recibido la influencia de sólo dos escritores italianos: Giambattista Vico e Italo Svevo.

Así, durante las lecciones hablaron continuamente de proyectos y asuntos literarios. Mi marido confió a su amigo el propósito de desarrollar un relato en torno a un viejo y una jovencita —realizado más tarde con el título de *La novela del viejo y la bella jovencita*— y Joyce habló con él muy particularmente de la concepción de Bloom luego desarrollada en *Ulises*.

El carácter dubitativo de Ettore, frente al temperamento combativo y tenaz, la profunda seguridad del irlandés (que había respondido en su juventud a un viejo poeta: "Es cierto, no recibí su influencia, pero lo deplorable es que usted no podrá recibir la mía porque es muy viejo") tuvieron un benéfico influjo. Esto también se siente en el retrato que Ettore hizo muchos años después en la conferencia que presentó en el "Convegno" de Milán el 18 de marzo de 1927:

El Joyce de ahora tiene más de cuarenta años, pero ha permanecido como cuando llegó a Trieste. Delgado, alto, grácil, podría parecer un deportista si no se moviese con el abandono de una persona cuyo propio cuerpo no le importa del todo. Ese cuerpo ha estado descuidado y no ha conocido jamás el deporte y la gimnasia. De cerca no parece el esforzado combatiente que sugeriría su valerosa obra. Muy miope, lleva gruesas gafas que le agrandan los ojos, y esos ojos azules, de gran importancia también sin los anteojos, miran con una eterna curiosidad y con una gran frialdad. No puedo menos de figurarme que esos ojos no serían menos curiosos y fríos si se posaran sobre un adversario con el cual Joyce tuviera que medirse.

La admiración y la aprobación de Joyce fueron para Ettore un bálsamo milagroso para su profunda herida en el amor propio, siempre viva y ardiente. Sólo entonces dejó de considerar sus novelas como errores de juventud. Sumergido en el veredicto negativo, su talento había permanecido sepultado en la "tristeza del silencio", como solía decir.

Y he aquí qué el amigo despertaba en él, y esta vez para siempre, al escritor.

La guerra mundial debió separarlos. Joyce se refugió en Zurich, trasladándose después a París. No regresó más a Trieste, pero debía comparecer de nuevo en la vida de Svevo y asumir un papel importantísimo. ◇